



EL MISTERIO
DE CARRAGONZALO

*Juan Ángel
Heredero García*

Doce Calles

CAPÍTULO I

El presidente comenzó a incorporarse de su sillón tapizado de cuero marrón, situado en el lugar más preeminente de la sala del consejo, como correspondía a su cargo. Cuando terminó la, para él fatigosa maniobra, los aplausos cesaron respetuosos. Aquel venerable anciano era una leyenda y había encumbrado a su empresa hasta lo más alto del firmamento editorial. Ahora le llegaba la hora de la retirada.

—Gracias, gracias —contestó a sus aplausos con contenida emoción. —No merezco tanta consideración porque solo hice lo que era mi obligación, que será también la de cada uno de vosotros de ahora en adelante. Pero sobre todo no merezco tanta consideración, porque todo esto fue fruto de la suerte, de un golpe prodigioso del azar que nos sonrió en el momento más oportuno, y que sobre todo me sonrió a mí. Y ahora si me disculpáis debo hacer una cosa muy personal.

Saliendo de la sala se dirigió a su despacho y una vez allí, se acomodó en un sillón de cuero marrón idéntico al de la sala del consejo; ambos habían sido hechos a medida para cuidar de su maltrecha espalda. Sacó un enorme puro de un cajón de su escritorio y, una vez encendido, dio una profunda calada para a continuación expulsar el humo con delectación. Abrió la ventana, el aire todavía tibio del otoño acarició su rostro surcado por mil arrugas. A su ya avanzada edad sintió que su vida había iniciado el tránsito por su última etapa, era una presunción íntima, aunque irracional, a juzgar por los resultados de los últimos exámenes médicos, pero era algo de lo que estaba absolutamente seguro.

Hizo un breve balance mental de su vida, desde que era muy joven y sentía su vitalidad como un torrente tumultuoso corriendo por sus venas, siempre había especulado cómo habría de ser

ese momento, ahora que había llegado sintió su nostalgia en un leve temblor de manos. Muchos de los que le habían acompañado en su largo periplo vital habían ya desaparecido, los que llegaron después le veneraban como a un personaje de otra época. Sin duda había tenido, tenía todavía, una existencia repleta de venturas; había sido esposo dichoso y, sucesivamente, padre, abuelo, bisabuelo, igualmente dichoso. La vida en sociedad le había bendecido y le había sonreído risueña, desde el primer día. Si todo el mundo sueña, cuando ya ve acercarse el ocaso de su vida, con dejar un buen rastro tras de sí, sin duda él lo había conseguido plenamente.

Pero si tuviera que elegir un suceso que le hubiera marcado de forma indeleble y definitiva, si tuviera que elegir solo uno, aún a costa de tener que borrar todos los demás, no elegiría ninguno de los rememorados anteriormente y que todos ellos le perdonasen. Ese hubiera sido, como un parte aguas de su vida, el haber conocido y haber compartido en parte la trayectoria vital de Alejandro de Andradas. Notó de nuevo el temblor que se hizo más perceptible, además de una pátina acuosa que veló sus ojos.

Sí, Alejandro de Andradas, un ser excepcional destinado a dejar huella en todas las personas que le conocieron, dotado de un talento extraordinario y sometido a los vaivenes, muy a su pesar, de un carácter muy acentuado. Dotado de un sentido de su libertad personal casi animal, pero también de un sentido de la justicia y de la dignidad humana tan primario que lo convirtieron en un astro refulgente; los que se acercaron, como fue su caso, quedaron iluminados por él; otros, sin embargo, que lo hicieron demasiado tuvieron la suerte contraria, viendo su vida abocada a la senda de la desgracia. El anciano cerró los ojos y se dispuso a recordar su historia, quizás por última vez.

Muchos años atrás

El grupo de jóvenes alteraba la quietud de la noche y, de paso, el descanso de los vecinos, con sus risotadas y con su tono de voz

altisonante. Ocupaban enteramente la dura y fría escalera de granito que ya conocía de sobra sus acampadas nocturnas.

—Oye Trispi saca un peta.

El tal Trispi que se encontraba sentado sobre la barandilla de hierro, hizo como si no hubiera escuchado.

—¡Vamos coño, que parece que estás sordo!

Ahora y no sin cierta renuencia, le alcanzó un envoltorio de plástico con la «mercancía», como a veces lo llamaban ellos.

—Joder parece como si lo pagaras tu solo.

El comentario se perdió en el aire, al resto de la pandilla no le hizo mucha gracia, al Trispi ninguna. Todos sabían que el que más consumía era precisamente el que menos pagaba y con respecto al último «envío», había sido pagado enteramente por este.

—Tengo ya el culo «pelao» de sentarme en estas putas escaleras —dijo exhalando una vaharada de humo con un rictus repentino de abatimiento.

Más abajo y a la altura de la calle, alguien comenzó a subir las escaleras. Desde donde ellos estaban pudieron distinguir una figura enorme que ascendía cada peldaño con paso lento, pero firme y regular. La hueca reverberación sonora aumentaba mientras se acercaba hacia el grupo; en efecto, se trataba de alguien de una altura y de una corpulencia considerable que, tocado de un sombrero y un abrigo negro que le llegaba hasta más abajo de las rodillas, se dirigía hacia ellos con tal determinación como si no hubiera reparado en el obstáculo que le obstruía el camino o como si fuera a comportarse como las aguas del mar Rojo que se abrirían a su paso. Porque no aminoró cuando llegó a su altura, sino que de la manera más resuelta enfiló por el medio, hasta que ellos se apartaron sorprendidos por tanta sangre fría.

—Eh tío, ¿qué modales son esos? Ni siquiera nos has dado las buenas noches.

El que fumaba el peta no pudo resistirse a decir algo, ejerciendo como líder de la manada. El gigante, haciendo caso omiso, siguió impertérrito y entró en el bar de copas que se encontraba arriba del todo, al final de las escaleras.

La chica que atendía el ropero no estaba —estaría en el baño supuso—, aun así, dejó el grueso abrigo encima del mostrador, ya sabría a quién pertenecería. Había bastante gente, pero él se dirigió en línea recta hacia la barra. Muchos de los clientes ya le conocían, aunque la inmensa mayoría jamás había cruzado una palabra con él, y le dejaban paso libre. En cuanto a los que no le conocían, su imponente presencia les hacía comportarse de la misma manera.

Apoyó su enorme corpachón en la barra que le llegaba solo un poco más arriba de la cintura y solicitó la atención de los camareeros, aunque estuvieran al otro lado de la barra le atenderían de forma inmediata. Su figura retratada en el espejo reflejaba un hombre de una edad difícil de determinar vestido con ropas oscuras, incluyendo el sombrero que casi nunca se quitaba. Era este detalle el que añadía un aspecto enigmático a su exagerado rictus de seriedad. Su mandíbula era cuadrada y la boca regular pero inexpresiva, con los ojos parcialmente velados en la penumbra del sombrero, hubiera cuadrado muy bien en una película de espías de los años cincuenta.

El local era pequeño y, se mirara desde dónde se mirara, la vista acababa topando con su imponente figura. Así que no tardó en captar la atención de Roberto Cortizo que esa noche había sido arrastrado, y esa era la definición más exacta, a ese local. Qué pintaría un tipo como aquel en un tugurio donde la media de edad se acercaba mucho a los veinte. Si se lo hubiera preguntado seguro que no le habría respondido, pero a aquel tipo le gustaban los sitios así, donde podía contemplar el mundo y las criaturas que por el pululaban desde su encumbrada atalaya; en absoluto se encontraba incómodo entre gente a la que doblaba en edad y esos jóvenes si se acercaban a él era para expresarle cierta complicidad desinhibida. También a veces, alguna jovencita se acercaba en busca de una conversación diferente y aunque pudiera parecer lo contrario por su aspecto serio y el rigor de su vestimenta, tenía el don de la palabra; así que sí, en efecto, aquel tipo disponía no sólo de una

conversación diferente, también acompañaba la misma de una gestualidad y una expresividad tan natural que creaban, casi de forma inmediata, un ambiente de relajada confianza. El tono de voz cálido y lleno de diferentes entonaciones apoyado por el lenguaje silencioso de las manos, unas manos grandes y muy masculinas que enseguida captaban la atención de ellas, creaban la grata sensación de haber conocido a alguien realmente interesante; la mayoría de ellas pensaban que qué lástima que las sacara tantos años, otras más avisgadas pensaban que esa capacidad de seducción tan natural solo se adquiría con la edad y la experiencia; las más osadas daban por terminada la conversación con un «quizás te vea otro día, yo vengo mucho por aquí», volviendo a su grupo con una media sonrisa en la que aleteaba la posibilidad de una aventura insólita con alguien fuera de su círculo habitual.

Que alguien tan bien dotado para socializar con sus semejantes, le gustase salir, casi siempre solo, por las noches parecía algo contradictorio, pero todavía lo era más su absoluta incapacidad para tolerar cualquier tontería por leve que fuera, proveniente de personas fatuas e hipócritas que se servían de la impostura, para tratar de aparentar lo que distaban mucho de ser; y daba igual que fueran personas conocidas e incluso cercanas a él. Al final tuvo que admitir que lo de la hipocresía era como lo del pecado original y que la gente en general, sólo se distinguía por lo que eran a este respecto, un poco, bastante, mucho o totalmente hipócritas.

Retrepado sobre la barra contemplaba el panorama, nada diferente a lo habitual, solo bastantes más extranjeros como era costumbre los viernes.

—Cualquier día te vas a sentar en la barra sin darte cuenta.

Dándose la vuelta vio a una de las camareras, una chica rubia de rostro agradable y cuerpo menudo y bien proporcionado, que muy sonriente le interpelaba desde el otro lado de la barra. De abundante y larga melena, esta se convertía en un flequillo que le ocultaba toda la frente, llegando hasta sus ojos grandes y almendrados que le daban un aire muy oriental. Le caía bien aquella

muchacha y estaba, casi seguro, de que esa corriente de espontánea simpatía, era recíproca.

Estuvieron un tiempo hablando de cosas forzosamente triviales, si hubiera sido algo de más importancia, ya se hubiera encargado algún cliente inoportuno de interrumpirles. Así que estuvo un rato entretenido, lo suficientemente largo como para que no hubiera advertido que los chicos con los que se había encontrado antes en la escalera, habían entrado y se habían ubicado, de forma bastante notoria, justo enfrente de él. El local tenía dos alturas, la zona de influencia de la barra y, un poco más alta, la de la pista de baile; en frente de donde él estaba, había dos columnas que eran como la puerta de acceso a la pista. Tenía como costumbre, después de pedir la primera copa, situarse delante de la columna de la derecha, ya dentro de la pista; rara vez bailaba, solo quizás algún leve movimiento acompañando a la música. Desde allí se conseguía la mejor perspectiva de todo el local y él lo llamaba el punto G.

Con su copa en la mano fue a ocupar su sitio de privilegio, pasando entre las dos columnas; solo advirtió, cuando ya estaba arriba, que había tenido que pasar por el medio del grupo de chicos de la escalera, y esa era la segunda vez que había pasado en esa noche. Miró hacia la izquierda y su mirada se cruzó brevemente con la de uno de los chicos, el que le había hablado anteriormente. No detectó hostilidad, pero sí, tal vez, un punto de altivez. El cruce de miradas no se volvió a repetir, pero captó que el chico estaba pendiente de él. Por el rabillo del ojo se apercibió de su cara sin forma ni rasgos, que estaba al tanto de todos sus movimientos para, a continuación, comentar con el resto del grupo.

Cambió de posición y esta vez se situó al fondo de la pista; se descubrió mirando al grupo de jóvenes, ¿Cuántos eran? ¿Compleción física? ¿Edad? ¿Actitud? No estaba interesado en absoluto en ellos así que, ¿por qué lo hacía?

Aburrido cambió de nuevo de sitio, ocupó otra vez la barra cerca de su amiga camarera, delante de las columnas.

Esta vez el que parecía el líder del grupo le miró claramente y sin ningún disimulo, él se la mantuvo durante varios segundos y al final no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa, el otro en cambio solo una mueca hueca y forzada. No pudo dejar de pensar que solo eran una banda de niñatos y de nuevo sonrió. Estaba tan metido en sus pensamientos que no advirtió que el chico se había situado a su lado y sus primeras palabras le pillaron por sorpresa.

—¿Parece que te diviertes mucho aunque estás solo?

Él no esperaba que ocurriera así de esa manera tan directa y le dio por reírse.

El muchacho quedó desconcertado, miró hacia atrás buscando seguridad en su grupo de amigos que le miraban expectantes, pero sin acercarse. Aquel tío era grande como una torre, pero ya con bastantes años, aunque bien pensado una hostia de él sentaría a cualquiera; pero había llegado demasiado lejos y si renunciara quedaría en mal lugar.

Él, sin embargo, permanecía impassible, lo único que le estaba alterando el humor era esa vanidad fatua e inconsistente que solo era pura fachada.

—Antes en la escalera pisaste a mi primo.

—¡Vaya por Dios!

—Y hace un poco le empujaste.

El chico se le acercó tratando de forzar la situación, se acercó tanto que pudo comprobar su mirada fría, como de mármol, ni un músculo se le movía y entonces le vino a la mente algo que le detuvo momentáneamente. Nunca tenía el hábito de leer, el único intento serio de adquirirlo fue con uno que le habían recomendado, sin duda alguien que le conocía bien. En título era *Tiburón*, el recuerdo de las imágenes de la película le ayudaría a enfrentarse con la aridez del texto. Pero su falta de paciencia hizo que las primeras páginas ya le resultaran insufribles, de modo que quiso buscar las que tuvieran más acción, no los insoportables párrafos descriptivos; al fin halló las que describían un cara a cara de un oceanógrafo que pretendía dar caza al escualo y encontró un pá-

rrafo que si le llamó la atención. En él se describía los ojos del tiburón, unos discos negros, inexpresivos, sin apariencia de vida; justo como los ojos de aquel tipo que tenía enfrente.

—¿Y qué pasa que tu primo no tiene lengua o es que acaso tú eres el padrino de la banda?

Nadie advirtió el tono de pendencia que adquirió de repente aquella conversación, nadie excepto la camarera rubia que dejando lo que tenía entre manos, salió a toda velocidad de detrás de la barra, sin llegar a tiempo de evitar que un formidable bofetón restallara en el aire teniendo como consecuencia, que uno de los contendientes se estrellara literalmente contra una de las columnas, cayendo al suelo malamente y sin conocimiento.

La muchacha cogió al otro casi a empujones a pesar de la gran diferencia de tamaño, llevándole fuera no sin antes decir por el camino al portero de seguridad que ya se encargaba ella.

—¿Qué haces tío? ¿Qué haces?

—Yo, nada, un niñato que se ha empeñado en tocarme las narices.

—Oye, que ya hacía mucho tiempo que no tenía que sacar la cara por ti ¿Eh?

—Pero si yo estoy muy tranquilo.

—Ya sé que estás tranquilo, y eso es lo que me preocupa. Que te dé un poco el aire, te calmas y mañana vuelves.

—No intentes volver a pasar, ¿Eh? —La camarera le advirtió con el índice en alto desde la puerta.

Trató de encender un cigarro, pero el encendedor se negaba a darle fuego.

—Aquí tienes, si me lo permites —miró de arriba abajo al desconocido que se había situado a su lado. Roberto Cortizo que no se había perdido detalle de la tumultuosa y fugaz escena también había salido a fumar.

—Gracias —dijo al fin.

—No suelo salir mucho por las noches, ¿Es siempre así?

—No, sólo una casualidad.

—Para haber estado metido en una pelea hace dos minutos, te veo muy tranquilo.

—Bueno, es cuestión de práctica. —Hablabas distraído como no queriendo dar importancia a lo que había sucedido, y era verdad que para él no la tenía.

Roberto Cortizo seguía allí, pero no estaba seguro de que pudiera mantener una conversación fluida con aquel desconocido.

—Se te nota.

—¿El qué perdón?

—Que sueles salir mucho por la noche como has dicho. —Roberto Cortizo asintió con una risa leve.

—Oye, ¿no serás gay?

Le miró con expresión neutra, ante la sorpresa del otro que no sabía cómo reaccionar. Nada de esto sucedía normalmente en su época de noctámbulo; o sea, que uno se acercaba a alguien, daba igual que fuera hombre o mujer y ya la gente le daba por pensar lo que no era.

—Que es broma hombre. —Prosiguió él con cierto regocijo ante el azoramiento del otro.

—Me llamo Alejandro, o si lo prefieres Alex. Ah... y no tengo nada contra los homosexuales, más bien todo lo contrario.

—Yo, Roberto... Cortizo.

—¿No temes que salgan ese grupo de chavales y quieran seguir la trifulca fuera?

—No.

—¿Estás seguro?

—Totalmente, ahí los tienes.

Roberto miró hacia atrás y vio al grupo de chicos que se retiraban calle arriba.

—Además ahora contaría con ayuda, ¿no?

—¿Bueno soy yo!... creo que se me ha olvidado... la última vez tendría quince años; seguro que lo haría mejor tu amiga la camarera.

—Ella me conoce bien, de muchos años; es buena chica.

—¿Has venido con alguien o estás solo también?

—No, están dentro, en realidad me estaba aburriendo hasta que irrumpiste tú ¿Te gusta la noche?

—Más que el día. En general por la noche la gente se muestra más desinhibida, por el día se entregan a las rutinas, los convencionalismos, a la representación de un rol social determinado, a las tontadas vamos, dicho en castizo.

Pero solo lo hacen por el pavor que les provoca el no saber qué les deparará la vida al cabo de cualquier esquina; se juntan en manada para no tomar las riendas, prefieren que alguien las tome por ellas. Pero todo ello tiene su precio, tantos sueños rotos, tantas esperanzas defraudadas, tanta falta de coraje para llevar a cabo lo que íntimamente hubieran querido y no lo que finalmente hicieron.

—Y luego claro vienen las películas que cada uno se monta, como una cortina para tapar lo que no se quiere ver. La hipocresía, el cinismo, la falta de autenticidad. Digamos que todo eso, cuando cae la noche, se toma un pequeño descanso.

Roberto miró a Alejandro con fijeza, se dijo que se encontraba ante todo un personaje; tiempo tendría de recordar, con permiso del alcohol, y de analizar todo lo que había dicho en apenas un minuto.

—Bueno, me temo que esto toca su fin, mi amiga la camarera, como tú dices, me ha vetado por esta noche y me conviene hacerla caso.

—Espera un momento.

Los amigos de Roberto salían en ese momento, también ellos tenían pinta de dar por finiquitada la noche. Este tuvo por un momento la intención de presentárselos, pero no halló ninguna disposición en él, pues ya se retiraba.

—Hasta otro día. —Dijo lacónicamente para perderse a continuación escaleras abajo.

Fue en ese instante cuando Roberto Cortizo decidió que haría todo lo posible para volver a verle, aún a consta de volver solo, venciendo su reparo. Le entraron ganas de repente de conocer más

de su vida y, por de pronto, se le ocurrió indagar acerca de él con la camarera rubia. Así que rogó a sus amigos que esperaran un rato y él volvió dentro; pidió una copa y aguardó la ocasión propicia para entablar conversación.

—Si eres policía, no es ningún camello, y cuídate de preguntárselo pues le sienta bastante mal.

—No, por Dios.

—No por Dios, ¿qué?, ¿que no eres policía o que te cuidarás de preguntárselo?

Vaya, con razón eran amigos, son los dos igual de directos. Solo estuvo un rato más, todo lo que pudo averiguar era que venía con bastante frecuencia por aquel lugar y que entre sus rarezas se encontraba, entre otras cosas que ella seguro que desconocía, la de escritor aficionado.

—A veces me envía algún escrito, y debe de tener algún mérito ya que consigue que lo lea hasta el final; teniendo en cuenta que yo no tengo ninguna afición por la lectura eso es mucho. Pero si quieres que te diga algo definitivo sobre él, pues, pues... —la muchacha parecía dudar acerca de encontrar la frase la más exacta que lo definiera.

—Es un gran tipo... aunque a veces no lo parezca.

Alejandro de Andrade, había aterrizado en Madrid no hacía mucho tiempo; todavía conservaba la fascinación por la gran ciudad y había superado sin problemas, la inicial renuencia y hasta el rechazo, experimentado por muchas gentes, que, como él, venían de pueblos muy pequeños. Dotado de una gran perspicacia, había observado un fenómeno muy interesante. Todo el enorme aluvión de gentes de toda España, que había conformado en las últimas décadas lo que ahora era la gran capital, había observado de forma mayoritaria un patrón de distribución de lo más curioso. Eran pocos lo que terminaban asentados en la almendra central, por el contrario eran los más, lo que lo hacían en los barrios periféricos que apuntaban en la misma dirección que las de sus regiones de origen, siguiendo un instinto, tal vez, atávico; como si no quisieran

despegarse del todo de la entrañable tierra que les vio nacer, y hacia la que albergaban un difuso sentimiento de culpa, y no perderse en la vasta e impersonal inmensidad de la ciudad, respondiendo al rechazo hacia lo exuberantemente grande.

No había sido ese su caso, a parte de por la certidumbre que le reportaba el saber que pisaba tierra firme, le atraían los suburbios y los arrabales allí donde los confines confusos de la urbe daban paso a los inmensos espacios abiertos de los campos, dónde la civilización aún no había llegado pero que llegaría sin duda en algún momento, como una mancha de aceite que avanzaba lenta pero inexorable. De naturaleza autodidacta, pasaba gran parte de su tiempo libre leyendo; en sus innumerables lecturas, algunas de

carácter histórico, le llamó poderosamente la atención, cómo al hombre antiguo se le ocurrió el concepto de ciudad. Viviendo como vivían en chozas, dispersas unas de otras, se les ocurrió disponer en un lugar determinado una serie de edificaciones de interés común: un granero para hacer frente a los tiempos de escasez, un aljibe para afrontar las sequías, un lugar de reunión y quizás un lugar para el culto. Acotaron ese espacio común y lo llamaron ciudad, lo que quedaba al exterior, la barbarie incivilizada.

Daba largos paseos por las amplias avenidas, sin desdeñar también las calles mugrientas, allí donde la miseria se había aposentado en forma de suciedad y asfalto y alumbrado público deficiente.

Las viviendas mostraban la precariedad y el vivir al límite de sus moradores. Casas bajas con fachadas descoloridas, que fueron un día de colores rutilantes y alegres, desconchones que dejaban ver el esqueleto endeble y pútrido donde se recortaban puertas y ventanas, de cierres precarios, cristales rotos, persianas sucias y a veces colgando y marcos al aire sin ningún arraigo; un parapeto inconsistente contra las asperezas de la calle. Imaginaba a los vecinos dentro de sus casas, a las mujeres de rostro macilento en sus cocinas; a los hombres en la modesta y escueta sala de estar, con gesto hosco mascullando la humillación y la renuncia de cada día;

ALEJANDRO DE ANDRADAS, noctámbulo, bebedor, pendenciero y algo misántropo; con un talento literario indudable pero sin explotar, marca la vida de forma irremediable a todos los que se ven atraídos por su hipnótica personalidad.

Por circunstancias personales, se ve abocado a vivir en un pequeño pueblo de la provincia de Segovia. Lejos estaba de imaginar que su estancia allí, marcará su destino en lo personal y literario, a raíz del descubrimiento de la existencia de una misteriosa aldea ya desaparecida y una trama histórica de personajes reales que tuvo que ver con un suceso extraordinario que pudo cambiar la historia de España.

1198-111 913-81-1791-024-1



9 788497 443081